

PEDRO J. DE LA PEÑA: EL POETA QUE CONOCE EL LATIR DE LOS CABALLOS

PEDRO G. CUETO

Pedro J. de la Peña nació en Reinososa en 1944, pero, siendo niño, su familia se trasladó a Valencia. En la ciudad que baña el Mediterráneo ha realizado toda su obra y ha transcurrido casi toda su vida. No hay que olvidar el espíritu viajero del poeta de Reinososa, su ansiedad de conocer el mundo, su avidez cultural y su amor indiscutible por la poesía.

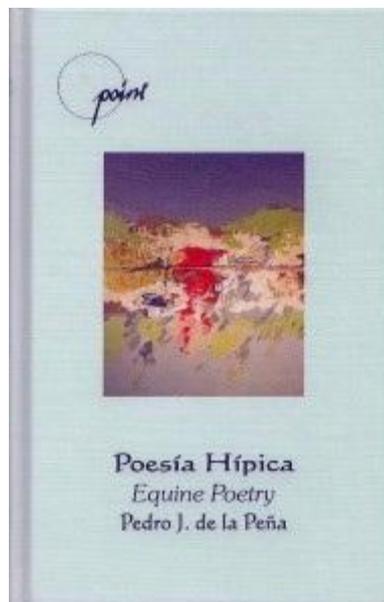
Su mundo poético tiene, como esencia, el encuentro mágico con la palabra, para que surja la creación, donde el vate encuentra el mejor de los caminos.

Su poesía, desde *Círculo de Amor* (Premio Ausias March en 1972), pasando por *Teatro del sueño* (Premio de la Crítica de la Comunidad Valenciana y Accesit del Premio Adonais) hasta *El soplo de los dioses*, en 1991, galardonado con el Premio de la Ciudad de Valencia.

Todo ello representa que la obra poética de Pedro de la Peña está suficientemente reconocida por su esmero, por su calidad y por ese arraigo al mundo del Mediterráneo que late en sus versos.

Pedro J. de la Peña no sólo es un hombre que ejerce de profesor de Literatura en la Universidad de Valencia, sino también un hombre que mira al mar, extasiado ante el rumor de las olas, ante la fascinación de sus aguas.

Pero no es el mar el interés que centra mi estudio (importante, sin duda, en su mundo poético) sino su *Poesía Hípica*. Este grupo de poemas es un muestrario magnífico del amor por los caballos, animal mágico,



telúrico, cuya fuerza desborda los sentidos y convierte al poeta en un admirador incondicional de su perfil divino.

Pedro de la Peña contempla al equino con toda su avidez humana, implicando su mirada y su voz en lo que el caballo le transmite, viviendo, al unísono, las mismas emociones.

Desde el caballo mitológico que irrumpe, desaforado, en la batalla (visión que nos recuerda al cine de Akira Kurosawa) hasta el caballo que comparte con el poeta el paso del tiempo, que le da parte de su ser. Esta comunicación maravillosa nos deslumbra y hace que el lector se entregue con devoción a la magia del poema y, desde luego, que entienda que el amor verdadero nace en un lugar que está más allá del lenguaje, en los gestos, en la mirada, en el tacto.

Todo ello da a la *Poesía Hípica* de Pedro J. de la Peña una singularidad que traspasa el papel, nos inunda desde cada verso, hasta conquistarnos totalmente. Nunca antes el caballo había sido tratado con tanto amor y nunca se había producido un libro donde el extraño misterio de la relación entre un ser humano y un animal cobrara tanta hondura.

Como dijo muy bien A. Torés García en el excelente prólogo a *Poesía Hípica*: “*Poesía Hípica* nace por el deseo, incesante y bullicioso, de dar sentido pleno a los rumores de la memoria” (p. 8).

Es, sin duda, una obra que busca el recuerdo, hilada por el paso del tiempo, donde el caballo y el hombre han tejido intensas emociones. Ambos, son espíritus activos y, a la vez, contemplativos, el hombre y el caballo alzan el vuelo hacia el misterio del poema que el poeta de Reinosa y tan profundamente valenciano, nos regala en cada verso.

Comento, a continuación, el poema “Los caballos” dedicado por el autor a Fernando Savater, otro gran amante del mundo equino. Dice: “La niebla es los caballos cuando respiran / de sus ardientes pechos sube a sus

bocas, / como una nube blanca se eleva y gira / por los cortados picos, sobre las rocas” (vv. 1-4).

Como podemos ver hay una profundo dinamismo en el poema, el vaho del animal al respirar es niebla, tal es su poderío, la fuerza del pecho que le impulsa para formar desde el interior (su espíritu) hasta el exterior (la conmoción de éste en la Naturaleza).

Además, la comparación oportuna, el caballo alza el vuelo, cual nube blanca, en su continuo movimiento: “se eleva y gira” y en un ámbito de montaña: “por los cortados picos, sobre las rocas”.

Pero va más allá el poeta en su visión del caballo como ser mitológico, cuando dice: “El sol es los caballos cuando te miran / el sol son los caballos cuando los tocas / después de ese galope cuando transpiran / y relucen y brillan como las focas” (vv. 5-8).

Si el sol es comparado al caballo es por su resplandor, que ciega, sin duda, los ojos del que le miran. El caballo es un titán, una fuerza de la Naturaleza. Pero no elude la comparación con un animal menos épico (las focas), ya que el caballo tiene también sangre de los demás seres que pueblan su reino, pese a que brilla por encima de ellos.

Y el final del poema es magnífico: “El viento es esas crines cuando se mecen, / la tempestad sus belfos cuando resoplan, / la vida sólo es vida cuando galopan, / la noche sólo es noche cuando se desvanecen” (vv. 9-12).

En estos versos, el poeta ya se entrega del todo al animal, hay una fuerza telúrica en el equino, tal es su estampa al galopar que parece que las crines son el viento y el resoplido ensordece como una tempestad. La pregunta es evidente: ¿quién puede parar a semejante titán?

El poeta lo ve en su grandeza, mirándolo admirativamente, consciente de que sólo se vive cuando él está (la vida sólo es vida cuando galopan) y herido de muerte cuando se va, como el influjo de la noche que todo lo oscurece: “la noche sólo es noche cuando se desvanecen”.

Al leer el poema, uno se pregunta si es un caballo real o un sueño que el poeta ha dejado impreso en el papel. La respuesta no es fácil, pero intuyo que es el caballo real, visto desde el amor infinito del jinete-poeta que le otorga cualidades humanas y divinas al mismo tiempo.

Y Pedro J. de la Peña sabe que el caballo es libre, indomable, que surca el mar y el cielo y que, pese al jinete que lo monta, su poder destrona a cualquier hombre.

Lo dice muy bien en “Aceptación del propio destino”, cuando menciona el poder del caballo, su infinita libertad: “Aunque tu flecha alcance / el aire abierto, el viento, el sol, / el curvo espacio, la infinita carrera, / la longitud perdida de la tarde, / hay un caballo ilimitado / que sin jinete corre más allá” (vv. 3-8).

Sí, el poder del caballo es ilimitado, tanto que el hombre puede domarlo todo (el aire abierto, el viento, el sol) pero no al equino.

El caballo es sólo dueño de sí mismo, porque en su existencia lleva el sino de la inmortalidad. Por ello, el espacio que queda entre el hombre, condenado a morir y el caballo, emparentado con los dioses, es inabarcable, abismal.

La flecha que lanza el hombre no tiene fin, porque el caballo, ya enloquecido la persigue, en el confín del Universo: “Pero lanzas tu flecha y nunca llega / donde tu sueño quiere ir, Quirón demente: / donde la noche es vida / y vida es el silencio, / donde germinan oros sin medida, / donde nace el temblor del talismán...” (vv. 13-18).

Sí aparece de nuevo la noche, pero en un sentido distinto, ya que la noche es el espacio donde el caballo, como una aparición, se desvanece, en “Los caballos”, aquí es noche de descubrimiento, de fulgor, donde el caballo reaparece del vacío y lo alumbra todo.

Pilar Verdú señaló en la revista *El Mono-Gráfico* de Valencia (nº 15-2003) que Pedro J. de la Peña ama al equino, ha hecho de su vida una

completa entrega al fantástico animal: “Con sus caballos ha corrido, ha conocido, ha crecido: juntos, como narra en un hermoso poema de *Los dioses derrotados*, les han salido las canas” (p. 105).

Y dice algo aún más esclarecedor: “Parece encontrar en estos fieles compañeros una relación de respeto y apoyo más pura que con muchos seres humanos” (p. 105).

Y es muy cierto lo que señala Pilar Verdú, ya que al caballo lo mira siempre el poeta con admiración y con amor, no conoce el equino el odio o el rencor, vive sólo entregado a su poder, a su furia y a su mansedumbre. Estas cualidades asombran al amigo-poeta que se siente en él verdaderamente feliz, dichoso como casi nunca ha podido estar con los seres humanos que ha conocido a lo largo de su vida.

Y es importante centrarse en los temas que van hilando el libro: el tiempo, la muerte. Y, sin duda alguna, dos mundos: el épico, a través de las batallas que describe magníficamente el poeta de Reinosa hasta los poemas íntimos, como “Lo inaccesible” o “Envejecemos juntos” donde ambos, hombre y caballo, se encuentran en perfecta sintonía, hasta el punto de vivir juntos las más hermosas emociones.

Si en “Lo inaccesible” dice: “Y yo acerco mi mano hasta tu boca / y tú la besas...” (vv. 19-20), para reflejar el gran cariño y la enorme complicidad que ambos tienen, en “Envejecemos juntos” consigue que el lector se deje llevar por la belleza del paisaje henchido de melancolía que nos recuerda a los parajes soñados por Antonio Machado: “A lo lejos el ansia de los montes azules, / los roquedales cárdenos bajo la tarde gris, / los palomos pintados sobre un campo de gules / en búsqueda de amor” (vv. 9-12), y también por ese sentimiento de pertenencia, de afinidad bien entendida entre el poeta y Sufí, su último caballo, perteneciente, estoy seguro, a la estirpe de los dioses.

El momento culminante llega cuando el hombre descubre una cana en la crin del equino, metáfora de una humanidad que les une para la eternidad: “En tu crin portentosa te ha salido una cana / y se une a las mías con la misma vejez. / Caballo hermoso y mío, tu cabeza es humana. / También tu corazón” (vv. 21-24).

Es en ese instante cuando Poesía Hípica culmina y nos ofrece el hermoso tapiz de emociones que se ha ido tejiendo en el noble corazón de Pedro J. de la Peña.

Nunca antes se había escuchado tanta emoción que no necesita de palabras, comunicación única y verdadera hecha de miradas y de caricias, honda como la poesía de Pedro J. de la Peña.